

cian enfermedades en los ojos.—Hombre, le dijo al herido, ese signo es visible en tu frente; veamos en tu mano.”

—Ay, señor excelentísimo! repuso el otro; mirad mi ojo.

—Qué necesidad tengo de ver el ojo? respondió colérico el obi; venga la mano.

El desventurado le presentó la mano, sin dejar de decir con voz doliente: *el ojo!*

—Bien, contestó el hechicero. “Si se halla sobre la línea de la vida un punto rodeado de un circulito, es señal en el que lo tiene de que será tuerto, porque esa figura anuncia la pérdida de un ojo.” Eso es, hé aquí el punto y el circulito; luego tú serás tuerto.

—Ya lo soy, respondió el viejo, gimiendo lastimosamente.

Pero el obi, que entonces no ejercía de cirujano, le rechazó con aspereza y prosiguió profetizando, sin cuidarse de los lamentos del pobre negro.

—“Escuchad, hombres. Si las siete líneas de la frente son pequeñas, tortuosas y poco marcadas, anuncian al hombre que su vida será muy corta.

“El que tenga entre las dos cejas, sobre la línea de la luna, la figura de dos flechas cruzadas, morirá en una batalla.

“Si la línea de la vida, que atraviesa la mano, presenta una cruz en su extremidad, cerca de la coyuntura, anuncia muerte en el cadalso...” Y ahora, hermanos míos, añadió el obi, no debo ocultároslo; una de las más firmes columnas de la independencia, Buckmann, tiene estos tres signos funestos.

Al oír ese augurio, todos los negros retuvieron el aliento; sus ojos inmóviles, fijos en el obi, expresaban esa especie de atención que tanto se parece al estupor.

—Solo que no puedo acordar la doble señal que amenaza á la vez á Buckmann con la muerte en una batalla ó con la muerte en un patíbulo. Mi arte es infalible, sin embargo.

Calló el brujo, cambiando una mirada de inteligencia con Biasson.

Este dijo algunas palabras al oído de uno de sus ayudantes, que salió inmediatamente de la gruta.

—“La boca abierta y marchita, prosiguió el obi dirigiéndose al auditorio con el acento malicioso y chocarrero que le era peculiar, la actitud insípida, los brazos colgando y la mano izquierda vuelta hácia afuera, sin motivo aparente, anuncian la estupidez natural, la nulidad, el vacío y una curiosidad bestial.”

En los labios de Biasson asomó una

risa feroz. En este momento regresó su ayudante, acompañando á un negro lleno de barro y de polvo, cuyos piés, desgarrados por las espinas y los guijarros, probaban que acababa de hacer un largo viaje; aquel negro era el mensajero que anunció á Rigaud. Llevaba en una mano un paquete cerrado y en la otra un pergamino desarrollado con un sello, en el que figuraba un corazón inflamado. En su centro había una cifra formada de las letras M y N entrelazadas, para designar sin duda la unión de los mulatos libres y la de los esclavos negros. Al lado de la cifra campeaba esta leyenda: “Vencida la preocupación, rota la vara de hierro; *viva el rey!*” Ese pergamino era un pasaporte expedido por Juan Francisco.

El emisario se lo presentó á Biasson, y aquel le entregó el pliego cerrado, inclinándose respetuosamente. El generalísimo le abrió con rapidez, recorrió los despachos que contenía, se alzó uno en los bolsillos de la chaqueta, y estrujando el otro entre las manos, exclamó con desconsuelo:

—Soldados del rey!...

Los negros saludaron profundamente.

—Soldados del rey, oíd lo que participa á Juan Biasson, generalísimo del país conquistado, mariscal de campo y de los ejércitos de su majestad Católica, Juan Francisco, gran almirante de Francia, teniente general de los ejércitos de la espresada majestad del rey de España y de las Indias:

“Buckmann, jefe de los ciento veinticinco negros de la montaña Azul de la Jamaica, reconocidos independientes por el gobernador general de Belle-Combe, Buckmann acaba de sucumbir en la gloriosa lucha de la libertad y de la humanidad contra el despotismo y la barbarie. Este generoso jefe fué muerto en un encuentro con los bandidos blancos del infame Touzard. Los mónstruos le han cortado la cabeza y han anunciado que van á exponerla ignominiosamente sobre la horca de la plaza de Armas de la ciudad del Cabo. Venganza!”

Sintióse poseído el ejército de sombrío silencio, precursor del desaliento, al acabar la anterior lectura; pero el obi, puesto ya en pié sobre el altar, gritaba, agitando su varita blanca y gesticulando con aire de triunfo:

—¡Saludo y doy las gracias á Salomon, á Zorababel, Eleazar, Taleb, Cardan, Judas Bowtharicht, Averroes, Alberto el Grande, Boabdil, Juan de Hagen,

Ana Baratro, Daniel Ogrumof, Raquel Flintz y Altornimo! La ciencia de los videntes no me ha engañado. Hijos, amigos, hermanos, mozos, madres y vosotros todos los que me escucháis, ¿qué había yo dicho? ¿qué había anunciado? Los signos de la frente de Buckmann me anunciaban que viviría poco y que moriría en un combate, y las líneas de su mano que se vería en un cadalso. Las revelaciones del arte se realizan con fidelidad y los acontecimientos se preparan ellos mismos para ejecutar, hasta con circunstancias que me era imposible conciliar, la muerte en el campo de batalla y en la horca. ¡Hermanos, admirad la ciencia!

El desaliento de los negros se trocó durante este discurso en una especie de espanto maravilloso y escuchaban al obi con una confianza que participaba del terror; éste, contentísimo de sí mismo, se paseaba á lo largo de la caja de azúcar, cuya superficie ofrecía bastante espacio para que pudiese desplegar cómodamente sus pequeños pasos. Biasson reía como de costumbre.

Dirigióse al obi y le dijo:

—Señor capellan, ya que sabéis predecir el porvenir, es nuestra voluntad que abrais el libro del destino para decirnos cuál será el de Juan Biasson, mariscal de campo.

El obi, irguiéndose sobre el grotesco altar, en el que la credulidad de los negros le divinizaba, dijo al mariscal de campo: “Venga vuestra merced...”

En ese momento el obi era el hombre más importante del ejército; el poder militar se inclinaba ante el poder sacerdotal. Biasson se aproximó; en sus ojos se leía el despecho de que estaba poseído.

—Vuestra mano, general, contestó el obi, bajándose para cogerla. Empiezo. La *línea de la coyuntura*, igualmente marcada en toda su longitud, os promete riqueza y felicidad. La *línea de vida*, larga y profunda, os presagia una existencia exenta de amarguras, una verde ancianidad; es estrecha, revela vuestra prudencia; vuestro espíritu ingenioso, la *generosidad* de vuestro corazón; veo en ella, en fin, el signo que los nigrománticos tienen por el más feliz, y consiste en multitud de arruguitas que la dan la forma de un árbol cargado de ramas, que se elevan hácia lo alto de la mano; este es el pronóstico más seguro de la opulencia y de las grandezas. La *línea de salud*, muy larga, confirma los indicios de la línea de vida é indica tam-

bien el valor: encorvada hácia el dedo meñique, forma una especie de gancho. General, este es el signo de una severidad inútil.

Al llegar aquí, el obi fijó en mí sus ojos centelleantes á través de las aberturas del velo, y entonces volví á insistir en creer reconocer el acento de su voz. Luego prosiguió, con igual energía de gesto y de entonación:

—Cargada de circulitos la *línea de vida*, os anuncia que debereis hacer ejecutar gran número de sentencias de muerte necesarias: interrumpida dicha línea hácia la mitad para formar un semicírculo, os indica que os vereis expuesto á grandes peligros con las fieras, es decir, con los blancos, si no los extermináis. La *línea de fortuna*, rodeada, como la línea de vida, de pequeñas ramificaciones que se elevan hácia lo alto de la mano, confirma el porvenir de poder y de supremacía á que estais destinado; recta y ensanchada en su parte superior, anuncia el talento de gobernar. La quinta línea, la *del triángulo*, prolongada hasta la raíz del dedo del corazón, os promete el éxito más feliz en todas las empresas. Veamos ahora los dedos. El pulgar, cruzado en toda la longitud de pequeñas líneas que llegan desde la uña hasta el nudillo, os promete una herencia colosal, la de la gloria de Buckmann sin duda. La pequeña eminencia que forma la raíz del índice está cargada de pequeñas arrugas mal indicadas; anuncia honores y dignidades. El dedo del corazón no anuncia nada. El dedo anular está surcado de líneas que se cruzan; pues bien, vencereis á todos vuestros enemigos y dominareis á todos vuestros rivales. Estas líneas forman cruces de San Andrés, señales de talento y de prevision. La articulación que une el dedo meñique á la mano presenta tortuosas arrugas; la fortuna os colmará de favores.

“¡Dichoso, dice Eleazar Thaleb, el que presenta todos esos signos! El destino se encarga de su prosperidad, y su estrella le proporcionará el génio, que es el padre de la gloria...”

Ahora, general, permitidme que os examine la frente. “Rachel Flinz, la gitana, dice que el que ostenta en medio de la frente, en la línea del sol, una figurita cuadrada ó un triángulo, hará gran fortuna...” La teneis muy pronunciada. “Si dicho signo está á la derecha, promete importante sucesión...” ¡La de Buckmann!—“El signo de una herradura entre las dos cejas, debajo de la lí-

nea de la luna, anuncia que el que lo ostente sabrá vengarse de las injurias y de la tiranía. Yo tengo ese signo y vos tambien le teneis. Obsérvase tambien este signo en los valientes que saben fraguar una rebelion atrevida y librarse de la servidumbre por medio del combate. La garra de leon que llevais grabada encima de la ceja prueba vuestra brillante intrepidez. En fin, general Biasson, vuestra frente presenta el más lisonjero de todos los signos de prosperidad, que consiste en una combinacion de líneas que forman la letra *M*, la primera del nombre de la Virgen. En cualquier parte de la frente, sobre cualquier línea que aparezca esa figura, siempre predice el génio, la gloria y el poder; el que la posee hará triunfar la causa que abraza; los que peleen á sus órdenes nunca tendrán que lamentar ninguna derrota; él solo valdrá tanto como todos los defensores de su partido juntos. ¡Vos sois este hijo predilecto del destino!

—Gracias, señor capellan, contestó Biasson, preparándose á sentarse en su trono de caoba.

—Esperad un poco, general, que se me olvidaba un signo. La línea del sol, muy pronunciada en vuestra frente, prueba que sabeis vivir, que teneis deseo de hacer felices á los demás, mucha liberalidad é inclinacion á la magnificencia.

Conoció Biasson que quien tuvo un olvido no fué el obi, sino él, por lo que sacó del bolsillo una bolsa llena y la echó en la patena de plata para no desmentir la línea del sol.

El deslumbrador horóscopo del jefe produjo gran efecto en el ejército. Todos los rebeldes, para los que las palabras del obi eran más poderosas que nunca, despues que supieron que habia previsto la muerte de Buckmann, pasaron del desaliento al entusiasmo, y confiando ciegamente en su hechicero infalible y en su general predestinado, prorumpieron en unánimes aclamaciones de *viva el obi! viva Biasson!* Uno y otro se echaban miradas de inteligencia y me pareció que la risa ahogada del hechicero respondia á la risa bestial del mariscal de campo.

No sé por qué preocupaba el obi mi pensamiento; parecióme que yo le habia visto ú oído en otra parte, y me propuse hacerle hablar.

—Señor obi, señor cura, señor médico, le dije llamándole desde lejos.

El se volvió hácia mí bruscamente.

—Todavía queda alguno al que no

habeis vaticinado su horóscopo, y ese soy yo.

Cruzó los brazos sobre el sol de plata que cubria su velludo pecho y no me respondió. Yo proseguí:

—Quisiera saber lo que augurais de mi porvenir; pero como vuestros honrados compañeros me han robado la bolsa y el reloj, creo que no sereis hechicero que profetice gratis.

Avanzó con rapidez hasta mí y me dijo con voz sorda al oído:

—Te engañas. Dame la mano.

Se la presenté, mirándole cara á cara. Sus ojos echaban chispas, é hizo como que me examinaba la mano que me pidió.

—“Si la línea de vida, me dijo, está cortada hácia la mitad por dos pequeñas líneas transversales y muy aparentes, indica muerte cercana. Tu muerte está próxima.

“Si la línea de salud no se halla en medio de la mano, y están la línea de vida y la de fortuna reunidas en su origen, formando ángulo, nadie debe contar, poseyendo ese signo, con morir de muerte natural; y tú lo tienes.

“Si cruza una línea la parte inferior del índice en toda su longitud, es señal de muerte violenta. Lo oyes? Preparate.”

Habia un no sé qué de alegre en aquella voz sepulcral que me anunciaba la muerte. Yo la oía con indiferencia y con desprecio.

—Hechicero, eres hábil, le dije con sonrisa desdeñosa, y pronosticas sin temor de equivocarte.

Acercándose á mí, me preguntó:

—Dudas de mi ciencia? pues bien, óyeme: “El corte de la línea del sol sobre la frente me anuncia que tomas á un enemigo por amigo y á otro amigo por enemigo.”

El sentido de esas palabras parecia hacer referencia al pérfido Pierrot, al que profesé cariñoso afecto y que me vendió, y al fiel Habibrah, á quien yo odiaba y cuyas sangrientas ropas me atestiguaban que se sacrificó con lealtad y con valor por mi familia.

—Qué quieres decirme? le pregunté

—Escúchame hasta el fin, prosiguió el obi. Te hablé del porvenir; ahora voy á hablarte del pasado.—“La línea de la luna está ligeramente encorvada en tu frente, lo que significa que te robaron á tu esposa.”

Extremecíme al oírle; quise lanzarme de mi asiento contra él, pero los soldados me detuvieron.

—Tienes poca paciencia, me contestó el hechicero; escúchame hasta el fin. “La crucecita que corta la extremidad de esta curva me lo aclara todo. Te robaron á tu mujer la noche de bodas.”

—Miserable! grité: sabes dónde está? quién eres?

Intenté otra vez levantarme y arrancarle el velo, pero tuve que ceder al número y á la fuerza: el misterioso obi se alejaba de mí diciéndome:

—Me crees ahora? Preparate á una muerte próxima.

Me distrajo de la perplejidad en que me acababa de sumirme la extraña escena de que fui testigo, un drama que sucedió á la comedia ridícula que Biasson y el obi acababan de representar ante sus estúpidas hordas.

Biasson estaba sentado en su trono de caoba; el obi habia tomado asiento á su derecha; Rigaud á su izquierda, en los almohadones contiguos al trono del general. El obi, cruzado de brazos, parecia abortido en profunda contemplacion; Biasson y Rigaud mascaban tabaco, y un ayudante vino á preguntar al mariscal de campo si haria desfilar al ejército, cuando llegaron, dando furiosos clamores, á la entrada de la gruta tres grupos de negros: cada uno de esos grupos traia un prisionero, que queria poner á disposicion de Biasson, no por si éste queria perdonarles, sino por conocer la clase de muerte que queria que sufriesen aquellos infelices. Bien lo anunciaban sus siniestros gritos de *Muerte! Muerte! ó de Death! Death!* que lanzaban algunos negros ingleses, pertenecientes sin duda á la horda de Buckmann, que habian venido á reunirse con los negros españoles y franceses de Biasson.

El mariscal de campo les impuso silencio y mandó que llegasen los tres cautivos hasta la entrada de la gruta. Con sorpresa reconocí á dos de ellos; uno era el ciudadano general C***, el filántropo corresponsal de todos los negrófilos del mundo, que dió un consejo bárbaro en casa del gobernador. El otro era un plantador equívoco que aborrecia á los mulatos y que los blancos le creian de esa procedencia. El tercer prisionero parecia pertenecer á la clase de los *blanquillos*; llevaba mandil de cuero y arremangadas hasta el codo las mangas de la camisa. Los tres fueron sorprendidos separadamente, estando ocultos en las montañas.

El *blanquillo* sufrió el primer interrogatorio.

—Quién eres? le preguntó Biasson.

—Soy Santiago Belin, carpintero del hospital de los Padres en la ciudad del Cabo.

Sorpresa mezclada de vergüenza se pintó en los ojos del generalísimo del país conquistado.

—Santiago Belin! exclamó mordiéndose los labios.

—Sí, contestó el carpintero; ¿no me reconocéis?

—Empieza, le dijo el mariscal de campo, por conocerme tú y por saludarme.

—Yo no saludo á mi esclavo! respondió el blanco.

—Tu esclavo, miserable! gritó el generalísimo.

—Sí, replicó el carpintero, sí, yo fui tu primer amo. Finges no conocerme; pero acuérdate, Juan Biasson, de que te vendí por trece pesos fuertes á un comerciante de Santo Domingo.

Violento despecho alteró las facciones del mariscal de campo.

—Y qué? prosiguió el *blanquillo*, ¿parece que te dé vergüenza el haberme servido! ¿Juan Biasson no puede honrarse con haber pertenecido á Santiago Belin? La vieja loca de tu pobre madre bastantes veces ha barrido mis pisos; pero ahora la vendí al señor mayordomo del hospital de los Padres; está ya tan decrepita, que no me quisieron dar por ella más que treinta y dos libras y seis sueldos. Hé aquí tu historia y la mia; pero parece que los negros y los mulatos os habeis ensobrecido y que tú has olvidado el tiempo en que servias de rodillas á mae-se Santiago Belin, carpintero del Cabo.

Biasson oyó esta arenga con la risa feroz que le asemejaba al tigre.

—Basta, le dijo, y volviéndose hácia los negros que trajeron á Belin:—Tomad dos caballetes, dos maderos y una sierra, y llevaos á ese hombre. Santiago Belin, carpintero del Cabo, dame las gracias porque te proporciono la muerte adecuada á tu oficio.

Su risa feroz acabó de explicar el horrible suplicio con que iba á castigar el orgullo de su antiguo amo. Me estremecí, pero Santiago Belin ni siquiera frunció las cejas, y volviéndose con altivez hácia Biasson, le dijo:

—Sí; debo darte las gracias, porque te vendí por trece pesos fuertes, y seguramente me has producido más de lo que vales.

Se lo llevaron.

XXXIII.

Los otros dos prisioneros presenciaron más muertos que vivos el espantoso prólogo de su propia tragedia. Su actitud humilde y temerosa contrastaba con la firmeza fanfarrona del carpintero; dichos presos estaban temblando.

Biasson les contempló uno tras otro; después, complaciéndose en prolongar su agonía, entabló con Rigaud conversacion sobre las diferentes clases de tabaco, afirmando que el tabaco de la Habana solo era bueno para los cigarros, y que para polvillo no conocia otro mejor que el de España, del que el difunto Buckmann le envió dos barriles, tomado en casa de Lebattn, propietario de la isla de la Tortuga. Después se dirigió bruscamente al ciudadano general C***, preguntándole:

—Qué opinas tú de eso?

Este apóstrofe inesperado hizo titubear al interrogado, que contestó vacilando:

—Opino, general, lo mismo que vuestra excelencia.

—Eres adulador! No te pido mi opinion, sino la tuya, le replicó Biasson. ¿Conoces mejor tabaco para tomar como polvillo que el de Lebattn?

—No, monseñor, contestó el ciudadano general, cuya turbacion divertia al mariscal de campo.

—General, excelencia, monseñor! repitió impaciente el jefe; ¡eres, pues, un aristócrata!

—No, que soy buen patriota y ferviente negrófilo.

—¿Qué significa eso de negrófilo?

—Quiere decir amigo de los negros, balbuceó el ciudadano.

—No basta ser amigo de los negros, contestó Biasson con severidad; es menester serlo también de los hombres de color.

Creemos haber dicho que Biasson era zambo.

—De los hombres de color queria yo decir, respondió humildemente el negrófilo. Estoy en íntimas relaciones con los más famosos partidarios de los negros y de los mulatos.

—Negros y mulatos! ¿eso qué quiere decir? ¿Vienes todavía á insultarnos con esos nombres odiosos, inventados por el desprecio de los blancos? Aquí no hay más que hombres de color y negros; ¿lo entendeis, señor colono?

—Eso es una mala costumbre contraída desde la infancia, repuso el ciudada-

no; perdonadme, no tuve intencion de ofenderos, monseñor.

—Déjate de llamarme monseñor; repito que no me gustan los tratamientos aristocráticos.

El negrófilo quiso escusarse otra vez y empezó á tartamudear nueva explicacion.

—Si me conociéseis, ciudadano!...

—Ciudadano! por quién me tomas? gritó colérico Biasson. Detesto esa jerigonza de los jacobinos. ¿Serás jacobino por casualidad? ¡Piensa que estás hablando con el generalísimo de las tropas del rey, ciudadano... insolente!

El pobre negrófilo ya no sabia cómo hablar á aquel hombre, que lo mismo rechazaba el título de *monseñor* que el de *ciudadano*, lo mismo el lenguaje aristocrático que el patriótico, y quedó aterrado. Biasson, que fingia estar colérico, gozaba cruelmente con el embarazo del ciudadano general.

—En fin, exclamó éste, me juzgais mal, noble defensor de los derechos imprescriptibles de la mitad del género humano.

Obligado á calificar al jefe que rechazaba todas las calificaciones, recurrió á una de esas perifrasis sonoras que los revolucionarios sustituyen voluntariamente al nombre y al título de la persona á quien se dirigen.

Biasson le miró con fijeza y le dijo:

—¿Segun eso profesas afecto á los negros y á los mulatos?

—Muchísimo... estoy en correspondencia con Brissot y con...

Biasson le interrumpió riendo, segun su costumbre:

—Me alegro de ver en tí un amigo de nuestra causa, porque siéndolo, debes detestar á los miserables colonos que castigan nuestra justa insurreccion con crueles suplicios; debes creer, como nosotros, que los verdaderos rebeldes son los blancos y no los negros, ya que ellos se rebelan contra la naturaleza y contra la humanidad; debes execrar á esos monstruos.

—Les execro, respondió el ciudadano general.

—Pues bien; ¿qué pensarías de un hombre que, para ahogar las últimas tentativas de los esclavos, hubiera plantado cincuenta cabezas de negros á los dos lados de la avenida de su habitacion?

El negrófilo palideció densamente.

—¿Qué pensarías de un blanco que hubiera propuesto ceñir la ciudad del

Cabo de un cordón de cabezas de esclavos?

—Perdon! Perdon! exclamó el general ciudadano aterrado.

—Pero si yo no te amenazo! contestó Biasson con frialdad. Déjame acabar. ¿Ceñir á la ciudad de un cordón de cabezas que la rodease desde el fuerte Picolet hasta el cabo del Caracol? ¿Qué pensarías tú de eso? responde.

Las frases de Biasson, *pero si yo no te amenazo!* devolvieron alguna esperanza al negrófilo; creyó que el jefe sabia esa proposicion sin conocer al autor de ella, y respondió con bastante firmeza para prevenir toda presuncion contraria:

—Pienso que esos serian crímenes atroces.

Biasson reia.

—Bien, le dijo: ¿y qué castigo impondrias al culpable?...

Semejante pregunta hizo vacilar al negrófilo.

—Eres ó no amigo de los negros? repuso el mariscal de campo.

De las dos alternativas que se le ofrecian, el ciudadano general eligió la menos arriesgada, y no observando apariencia hostil en las miradas de Biasson, dijo con voz débil:

—El culpable merece la muerte.

—Muy bien, contestó el jefe, arrojando el tabaco que se entretenia en mascar.

El aire indiferente del mariscal de campo tranquilizó algo al negrófilo, que hizo un esfuerzo desesperado para ahuyentar las sospechas que hubieran podido recaer sobre él.

—Nadie, exclamó, hizo votos más ardientes que yo por el triunfo de vuestra causa. Sostengo correspondencias con Brissot y Pruneau de Pomme Gonge en Francia, con Magaw en América, con Peter Paulus en Holanda, con el abate Tamburini en Italia...

Continuaba enumerando prolijamente su letanía filantrópica, cuando le interrumpió Biasson:

—¿Qué me importan todos tus correspondencias? Indícame dónde están tus almacenes y tus depósitos y nada más, que mi ejército necesita municiones: tus plantaciones deben ser ricas, tu casa de comercio muy fuerte, ya que tienes correspondencia con todos los negociantes del mundo.

El ciudadano general aventuró esta tímida observacion:

—Héroe de la humanidad, esos no son negociantes, son filósofos, son filántropos, son negrófilos.

—Eso es! ¡vuelve á hablarme con frases ininteligibles!... Si no nos sirves para entregarnos tus depósitos y tus almacenes, para qué nos sirves?

Esta pregunta ofreció un vislumbre de esperanza al ciudadano general, y dijo en seguida:

—Ilustre guerrero, ¿teneis algun economista en vuestro ejército?

—¿Qué es eso de economista?

—Es, contestó el prisionero con todo el énfasis que le permitia su temor, es un hombre necesario por excelencia, el único que sabe apreciar, segun sus valores respectivos, los recursos materiales de un imperio, que los escalona por orden de importancia, los clasifica segun su valor y los bonifica y los mejora, combinando sus orígenes y sus resultados, y los distribuye debidamente, como otros tantos arroyos fecundizadores, en el gran río de la utilidad general, que desemboca en el mar de la prosperidad pública.

—Caramba! dijo Biasson inclinándose hácia el obi. ¿Qué diantre quieren decir esas palabras engarzadas unas con otras como los granos de vuestro rosario? El obi se encogió de hombros, manifestando ignorancia y desden; el negrófilo continuó:

—Valiente jefe de los bravos reformadores de Santo Domingo, dignaos escuchar: he estudiado á los grandes economistas, á Turgot, á Raynal y á Mirabeau, el amigo de los hombres, y he puesto en práctica sus teorías. Sé la ciencia indispensable para el buen gobierno de los Estados y de los reinos.

—El economista no es económico en palabras, repuso Rigaud con sonrisa dulce y chocarrera.

Biasson exclamó:

—Dime, charlatan, ¿tengo yo acaso Estados ni reinos que gobernar?

—Ahora no, pero podeis tenerlos; y además, esa ciencia descende, sin desmerecer, á detalles útiles para el buen manejo de un ejército.

—Yo no manejo el ejército; yo lo mando.

—Muy bien, le contestó el prisionero; vos sereis su general y yo seré su intendente. Tengo conocimientos especiales para la multiplicacion de los ganados.

—¿Crees que nos dedicamos á la cria de ganados? repuso riendo Biasson; nos dedicamos á comérnoslos. Cuando los ganados de la colonia francesa se acaben pasará las colinas de la frontera y robaré las vacas y los carneros españoles que se crían en las cabañas de las grandes

llanuras de Cotuy, de la Vega, de Santiago y en las orillas del Yuca; iré también á buscar, si es preciso, los que pacen en la península de Sanamá, y en las faldas de la montaña de Libos, saliendo de las bocas del Neybe hasta más allá de Santo Domingo; y así tendré el placer de castigar á los malditos colonos españoles que vendieron á Ogé. Ya ves que no me asusta la falta de viveres y que no me hace falta tu ciencia indispensable.

Esta vigorosa declaración desconcertó al pobre economista; pero esto no obstante, procuró agarrarse á otra tabla de salvación.

—Mis estudios no se limitan á la educación del ganado. Poseo otros conocimientos especiales que os pueden ser muy útiles. Os indicaré el modo de explotar la brea y las minas de carbon.

—Y para qué? dijo Biasson: cuando necesito carbon quemado un bosque de tres leguas.

—Os enseñaré para qué sirve cada clase de madera, prosiguió el prisionero: el chicalote y la sabina para las quillas de navíos, las yacas para las curvas, las...

—¡Llévete todos los diablos de los siete infiernos! exclamó encendido en cólera Biasson. Escucha. Yo no necesito navíos. Solo hay un empleo vacante en mi escolta: no es la plaza de mayordomo, sino la de ayuda de cámara. Ved, señor filósofo, si os conviene. Me servirás de rodillas; me darás la pipa, el *calabú* y la sopa de tortuga; llevarás detrás de mí un abanico de plumas de pavo real ó de papagayo, como estos dos pajes que ves aquí. Vamos, responde, ¿quieres ser mi ayuda de cámara?

El ciudadano general, que solo pensaba en salvar la vida, se inclinó profundamente, haciendo demostraciones de alegría y de gratitud.

—Aceptas? le preguntó Biasson.

—¿Podeis dudar, generoso señor, que vacile un instante en aceptar la insigne honra de serviros?

Al oír esta respuesta estalló la risa infernal del mariscal de campo. Cruzó los brazos, se levantó con aire de triunfo, y dando un empujón con el pié á la cabeza del blanco, arrodillado ante él, exclamó en alta voz:

—Tenia deseos de probar hasta dónde llega la cobardía de los blancos, despues de haber visto hasta dónde llega su crueldad. A tí te debo ese doble ejemplo. Sé quién eres, y no comprendo cómo has sido tan estúpido que no lo has conocido. Tú presidiste los suplicios de Junio, Julio

y Agosto; tú hiciste plantar cincuenta cabezas de negros á los dos lados de la avenida de tu casa; tú quisiste degollar á los quinientos negros que quedaron en tu poder despues de la rebelion, y ceñir la ciudad del Cabo con un cordon de cabezas de esclavos desde el fuerte Picolet hasta la Punta del Caracol. Hubieras hecho, si posible te hubiera sido, un trofeo de mi cabeza, y ahora te tendrías por dichoso si yo te tomase por mi ayuda de cámara. No; estimo en más tu honra que tú mismo la aprecias; no te haré semejante afrenta. Prepárate á morir.

Hizo una señal y los negros colocaron junto á mí al desgraciado negrófilo, que, sin poder pronunciar una palabra, habia caido á los piés de Biasson.

XXXIV.

Ahora te toca á tí, dijo el jefe volviéndose hácia el último de los tres prisioneros, que era el colono que los blancos tenian por mulato, y que por creerlo yo así me desafié.

Prorumpieron los rebeldes en un clamoreo que ahogó la respuesta del colono. *Muerte! Death! Tonyé!* gritaban rechinando los dientes y enseñando los puños al desventurado cautivo.

—General, dijo un mulato que se expresaba mejor que los otros, es un blanco y es preciso que muera.

El pobre plantador logró, á fuerza de aspavientos y de gritos, que le dejaran decir algunas palabras.

—No, no, señor general, no, no, hermanos míos, yo no soy blanco; eso es una infame calumnia. Soy mulato como vosotros, hijo de una negra como vuestras madres y vuestras hermanas.

—Miente! contestaban furiosos los negros; es blanco, y siempre detestó á los negros y á los hombres de color.

—Nunca, repuso el prisionero; yo detesto á los blancos. Soy mulato; soy de los vuestros.

—La prueba, dijo friamente Biasson.

—La prueba es que siempre me despreciaron los blancos.

—Eso puede ser cierto, contestó Biasson, pero tú eres un insolente.

Un jóven mulato dirigió impetuosamente la palabra al colono.

—Verdad es que los blancos te despreciaban, pero en cambio tú blasonabas de despreciar á los mulatos, porque creían que tenias la sangre mezclada, y hasta se cuenta que desafiaste á un blanco

porque te echó en cara que pertenecias á nuestra casta.

Prorumpió la turba indignada en alboroto universal, y los gritos de muerte, más extrepitosos que antes, ahogaron otra vez la voz del colono, el que, lanzándose una mirada oblicua de dolor y de súplica, repetia llorando:

—Eso es una calumnia! No tengo más gloria ni más felicidad que la de pertenecer á los negros. Yo soy mulato.

—Si verdaderamente fueses mulato, observó Rigaud, no te servirías de esa palabra. (1)

—Pero sé yo acaso lo que digo? contestó el miserable. Señor general, la prueba de que tengo en las venas sangre mezclada es este círculo negro que podeis ver alrededor de las uñas.

Biasson rechazó la mano suplicante.

—No poseo la ciencia de nuestro capellan, que adivina lo que es cada uno inspeccionándole la mano; pero escucha. Mis soldados te acusan, unos de que eres blanco y otros de ser un mal hermano. Si esto es así, debes morir. Sostienes que perteneces á nuestra casta y que jamás has renegado de ella; solo tienes un medio de probar lo que me dices y de salvarte.

—¿Qué medio? Decídmelo y estoy dispuesto á adoptarlo.

—Pues bien, le contestó Biasson con frialdad, toma este puñal y asesina tú mismo á esos dos prisioneros blancos.

Diciendo esto nos designaba con los ojos y con la mano. El colono retrocedió horrorizado ante el puñal que Biasson le presentaba con infernal sonrisa.

—Y qué! vacilas? dijo el jefe. Este es, pues, el único medio de probarme y de probar á mi ejército que no eres blanco y que eres de los nuestros. Vamos, decídetes, que me estás haciendo perder el tiempo.

Los ojos del prisionero se extraviaron; dió un paso hácia el puñal, despues dejó caer el brazo y se paró, volviendo la cabeza.

Extremecimiento convulsivo agitaba todo su cuerpo.

—Vamos, gritó Biasson con tono de impaciencia y de cólera, tengo prisa. Elige; ó los matas ó mueres con ellos.

El colono quedó inmóvil, petrificado.

—Pues bien, dijo el jefe, volviéndose hácia los negros; ya que no quiere ser verdugo, será víctima. Estoy convencido de que es blanco; lleváoslo.

(1) Los hombres de color rechazan coléricos esta calificación, que inventó, segun ellos dicen, el desprecio de los blancos.

Los negros avanzaron para apoderarse del colono, y este movimiento decidió su eleccion entre dar ó recibir la muerte; el exceso de cobardía tiene también su valor. Cogió febrilmente el puñal que le ofrecia Biasson, y sin darse tiempo para reflexionar sobre lo que iba á hacer, el miserable se arrojó como un tigre sobre el ciudadano general, que estaba acostado cerca de mí.

Entonces comenzó horrible lucha: el negrófilo, al que el desenlace del interrogatorio con que le habia atormentado Biasson le habia sumido en sombría y estúpida desesperacion, presenció con frialdad la escena que acababa de pasar entre el jefe y el plantador mulato, y estaba tan ensimismado en el terror que le causaba su próximo suplicio, que parecia no haber comprendido aquella; pero cuando vió que el colono se abalanzaba hácia él y brillar el hierro sobre su cabeza, le despertó con sobresalto la inminencia del peligro.

Se puso en pié, detuvo el brazo del asesino y le dijo, gritando con voz desgarradora:

—Perdon! perdon! perdon! ¿Qué queréis de mí? Qué es lo que os he hecho?

—Debeis morir, señor, contestó el mulato, tratando de libertar el brazo y fijando en la víctima los azorados ojos.

—Morir á vuestras manos! decia el economista; por qué? Perdonadme. ¿Estais enojado conmigo porque dije un dia que érais mulato? Dejadme vivir y os juro que os tendré por blanco, si sois blanco; yo lo diré en todas partes; pero... perdon!

Mal sistema de defensa habia elegido el negrófilo.

—Cállate, cállate! gritó furioso el mulato, temiendo que los negros oyesen esta declaracion; pero el otro repetia que le reconocia como blanco y de buena raza. El mulato hizo el último esfuerzo para hacerle callar; desasióse violentamente de las manos que le sujetaban é introdujo el puñal entre la ropa del ciudadano general. El desdichado sintió la punta del acero y mordió con rabia el brazo que le heria.

—Móstruo! malvado! Me asesinas!...

Lanzando una mirada á Biasson, le dijo:

—¡Defendedme, vengador de la humanidad!

Pero el asesino se apoyó con toda su fuerza sobre el puñal, y al punto saltó un arroyo de sangre alrededor de su mano y hasta su semblante. Se dobla-